

## SOBRE BATAILLE

MARIO VARGAS LLOSA

¿Es la falta de espíritu religioso un obstáculo para entender a Bataille? Juan García Ponce piensa que sí, en el severo comentario que le merece mi prólogo a la traducción española de *Historia del ojo* (y que leo con varios meses de atraso). Tratándose del buen lector y mejor escritor de literatura que es García Ponce, su opinión importa y, aunque sea difícil compartirla, invita a la reflexión.

Es cierto que buena parte de la obra de Bataille está teñida de religiosidad. Me refiero al Bataille de *La experiencia interior*, que propone un misticismo sin Dios y explica al hombre como el ser del no-saber, irracionalidad soberbia que, a la vez que niega toda trascendencia y vida ultraterrena, encuentra en los ritos, gestos y (sobre todo) el vocabulario de la religión —el sacrificio, el éxtasis, lo sagrado, lo divino, la profanación— su fundamento. Esta filosofía (Bataille, que no se consideraba un filósofo sino “un santo, tal vez un loco”, la llamó ateología) se asienta en un acto de fe: para ella es tan imperioso que Dios no exista como que exista para la de Santo Tomás. No hay duda que quien se siente igualmente incapaz de afirmar o negar la existencia divina y desconfía de la explicación religiosa de los hechos humanos difícilmente podría profesarla. Este Bataille es el que menos me seduce y acaso lo comprendo mal.

Este aspecto de sus obra es, por lo demás, intrincado, aunque tal vez no tanto por su complejidad conceptual como por su pobreza estilística. Pobreza deliberada: Bataille escribía “mal” a propósito. Nunca consideró la claridad expositiva una virtud; sostuvo, más bien, que la literatura, es decir el cultivo de la forma, traicionaba inevitablemente el pensamiento y que por eso él prefería “ser poco inteligible antes que inexacto”. Esta convicción —que, por fortuna, no siempre respetó— hizo daño a sus textos creativos, novelas y poemas, en los que la falta de artificio con que han sido realizados les imprime, paradójicamente, un aire artificial en vez de la calidad de materiales genuinos y directos que Bataille ambicionaba para ellos. De otro lado, las experiencias —mejor, obsesiones— que transmiten son demasiado restric-

tivas y volcadas sobre sí mismas para constituir auténticas obras de arte.

Es, sin embargo, el Bataille del pensamiento “ateológico” y las novelas el que es hoy día reivindicado y promovido en Francia, como se advierte leyendo los textos del Coloquio de Cerisy la Salle (Colección 10/18) dedicado a él o el volumen que le han consagrado Alain Arnaud y Gisèle Excoffon-Lafarge en la serie de *Ecrivains de Toujours*. Esta apropiación formalista de Bataille y la reducción de su obra a una retórica lingüística no tendría mayor importancia si no relegara al olvido o, incluso, adulterase el otro aspecto de su obra, el que precisamente podría en estos momentos prestar más servicios, en la indigencia y confusión intelectual de nuestro tiempo.

Pero, antes de referirme a él, una última observación sobre el Bataille de *La experiencia interior*. No creo justo sostener que la única manera de entender sus ideas sea compartiéndolas. Si se identifica creer y entender las posibilidades del conocimiento se reducen y estragan y cuando así ha ocurrido —en aquellos periodos de predominio del espíritu religioso— las consecuencias han sido funestas: oscurantismo, inquisición, idolatría intelectual. De otro lado, la admiración que se convierte en devoción acaba por ser simple beatería y esta actitud no parece la más adecuada para acercarse a Bataille que si en una vertiente era un místico ateo, en la otra era un espíritu radicalmente libertario.

Es ese Bataille el que me parece más valioso y exaltante: el que escribió *La literatura y el mal*, *El erotismo*, los ensayos sobre arte y sobre Gilles de Rais y —sobre todo— el autor de *La parte maldita*. A medida que se publican las Obras Completas, este Bataille laico crece en profundidad y diversidad y aparece como uno de los pensadores más fértiles de nuestro tiempo. He dicho “laico” porque, a diferencia de lo que ocurre con *La experiencia interior*, las tesis e hipótesis que desarrolló en estos libros no niegan a Dios: prescinden de él. Su ámbito es el de la experiencia humana y su primera originalidad consiste en no estar sometidas a los dogmas de la historia y la razón

como instrumentos exclusivos o privilegiados para entender al hombre. Bataille no niega a la una ni a la otra: las pone en su lugar. Ve con lucidez que el destino individual es algo más complejo que un mero producto de leyes económicas y procesos sociales y advierte el simplismo de reducir el espíritu a epifenómeno de la materia, pero no saca de ello conclusiones nihilistas ni recurre a Dios. Su convicción de que las ideologías son insuficientes para explicar los hechos históricos o el fenómeno humano fue audaz y valerosa, pues se forjó en una época de racionalismo absorbente. Contra él, Bataille se empeñó en mostrar que la sinrazón es tan humana como la razón, compañera inseparable de ésta y que las ideas por sí solas no agotarán jamás la realidad humana porque hay en ésta una vertiente impenetrable y enemiga de ellas. *La parte maldita* apareció en 1949. Aunque nunca llegó a escribir la continuación que ofreció, este ensayo de "economía general" es uno de los esfuerzos más originales emprendidos en esta época para entender la historia y el individuo desde una perspectiva más amplia que la de las ideologías en boga.

Este esfuerzo se inspira en Freud, en Marcel Mauss, en Nietzsche, pero reelabora las ideas que toma de ellos y les añade otras propias, no menos ricas. La historia individual y social resulta para Bataille del difícil equilibrio entre dos fuerzas adversarias e inestructibles de la realidad humana: la razón, "el bien", que hace la vida posible al establecer normas y prohibiciones —la ley— para garantizar la coexistencia y la continuación de la especie y de la que derivan el trabajo, la producción, el ahorro, y una tendencia opuesta, irracional, cuyo nombre es múltiple —deseo, instinto, imaginación, rebeldía— que representa "el mal", pues persigue ávidamente la satisfacción de apetitos físicos y morales que exigen la trasgresión de la Ley, el exceso, la vida como puro gasto y pérdida, y conducen a la muerte. Para no pe-

recer, en el cataclismo que resultaría si, como dijo Goya, la razón humana se durmiera y los monstruos humanos reinaran, el hombre —las culturas y civilizaciones— ha debido reprimir esa "parte maldita" de su ser que es gratuidad y vocación destructiva, voluntad de lujo y sacrificio, desenfreno de la imaginación y de los sentidos, pero no ha conseguido ni conseguirá nunca eliminarla. El "mal" está siempre allí, rompiendo a menudo el equilibrio de la vida, estallando en guerras colectivas o en los crímenes del amor del individuo, como una tentación permanente. Esta parte *maldita* de lo humano encuentra una vía de expresión privilegiada para Bataille en la literatura y en el arte (también en la religión), creaciones que resultan de esa oscura pero irresistible ambición del ser humano de recuperar su soberanía, su totalidad, reintegrando a su destino aquello que le ha sido arrebatado. Creo que nadie ha explicado tan persuasivamente como Bataille, en esta concepción de la literatura como portavoz del "mal" reprimido, el por qué este quehacer se ha mantenido tan indomesticable en el curso de la historia. Este es el Bataille del que me siento cerca.

"Los hombres decentes no deben escribir sobre libros indecentes", escribe García Ponce. La frase me gusta ¿pero es cierta? La verdad, no soy tan decente como él cree ni pienso que Bataille fuera tan indecente como le gustaría que hubiera sido. Es cierto que fantaseó gran cantidad de horrores, pero la vida de este bibliotecario discreto y enfermizo parece haber sido un modelo de puntualidad y templanza. Se cuenta de él que, en los años 30, fundó con Pierre Klossowski y otros amigos iconoclastas, una sociedad secreta para trastornar la sociedad haciendo sacrificios humanos. Como ninguno de los miembros aceptó ser víctima, debieron resignarse a degollar una oveja... <

[VUELTA NÚM. 38, 1980]

## DE INCIDENTIBUS IN FLUIDO

JOSÉ-MIGUEL ULLÁN

Un padre nunca sale a flote de la sospecha del amor moroso —en el rabo del ojo filial.

Un padre es bueno si ha enterrado al perro debajo de la cepa casadera. Un mal padre te enseña aquella cepa a quemar ropa, con el dedo burlón. Un padre no prohíbe; es lo prohibido: cerilla que se inflama y da en el clavo. Un padre —y uno mengua— asusta un huevo.

Un padre es insoluble: se hace el muerto. Sigue, sigue flotando boca arriba, donde ya el Tormes se disuelve en Duero, como gusano de inocencia y cera (portuguesas).

[VUELTA NÚM. 88, 1984]